

G O N Z A L O L E M A

El mar, el sol y MariSol



Grupo Editorial
Kipus

1

Entró a la cabina telefónica y llamó, sin dudar, a la policía. Esa mañana, antes del desayuno, había decidido matarse, y, para eso, tenía pensado lanzarse pronto del *Golden Gate Bridge*, con el advertido cierto de que no sabía nadar. Se sentía profundamente decepcionada por una pena de amor, pues, el hombre que amaba iba a casarse, en no más de tres horas, con su hermana. Le dolía el cuerpo de tanto haber llorado en vísperas, y ya por la madrugada, con el alma muy seca, arrugada y encogida, consideró que la vida no valía más que un poroto. Entonces tomó la decisión de dejarlo todo, de marcharse. Es decir, de sencillamente morir. Llamó a sus padres a Cochabamba, una ciudad del valle andino boliviano, y les dio la noticia de la mejor manera posible, con mucha calma, como quien sólo cuenta la desgracia de otro por puro encargo y sin culpa alguna, aunque con la voz propia de los desvelados. Su padre la escuchó

con la boca abierta de la sorpresa, y su madre comenzó a chillar de los purísimos nervios. Sin embargo, ella, la joven Analú, les repitió a ambos el mismo rollo, con las mismas palabras y las mismas pausas, como si se tratara de un parlamento teatral inglés. No dijo nada de su hermana, única responsable de la desgracia que se veía venir. Tampoco dijo nada del amor que su propio tío Pepe le había comprometido. Dijo, en buenas cuentas, que llamaba para despedirse de ellos, sus queridos padres, y sólo les recriminó no haberle enseñado a tiempo que la felicidad no era una obligación. Eso era todo. Y que los quería mucho, claro.

Luego, se fue caminando por las calles de San Francisco, triste, hasta casi llegar al puente mismo. La bella ciudad, si bien no dormía del todo, sí descansaba como todos los fines de semana en la mañana. Alguna gente, muy poca, manejaba bicicleta. Cerca al parque, un señor negro leía el periódico, mientras fumaba un cigarrillo, sentado en el pretil de la acera. Unos metros más allá, halló la cabina desde la cual habló con la policía. Les dijo que se llamaba Ana Luz Contreras, y que iba a lanzarse del puente por voluntad propia, por bien claros problemas ajenos, pues, al código penal o civil, algo así, y que no se buscaran responsables, porque ninguno de los supuestos inculcados podría ser sentenciado a la silla eléctrica o la aguja. Su pena, si así se podía llamar, era de orden estrictamente moral y afectivo. Les rogó, pero de la mejor manera, con toda

su dulzura posible, que la dejaran ahogarse y luego flotar, sencillamente hasta que la corriente la expulsara a tierra. No sería para nada difícil reconocerla después del hecho, porque tenía el cabello rubio amarrado en una cola de caballo.

Cuando terminó de hablar, salió de la cabina y caminó, sin prisas, rumbo al puente. En la misma esquina encontró una pareja de *gays* que se recriminaba, uno al otro, falta de amor y entrega. La joven Analú les prestó total atención, pues uno de los apuestos jóvenes, en su profunda desesperación, afirmaba a gritos que el maldito espejo le devolvía una imagen falsa de su persona. Él no era lo que veía, ni tampoco lo que veían los demás, y que por eso necesitaba del amor carnal, porque sólo entonces recobraba su identidad. Hablaba y lloraba, pese a que su pareja se había puesto a la tarea de consolarlo. “Un homosexual sin pareja se debe quitar la vida misma”. Y eso sucede inexorablemente, sí, porque con los años, con la maldita edad, uno se queda solo. Hablaba uno en los brazos del otro. “Tu amor me es indispensable, porque reconfirma mi ser”. Cosas así. La joven Analú cada vez los escuchaba menos. Unos pocos minutos después, tomó aliento hondo en la misma entrada al puente. Eran las seis y media de la mañana.

Todavía tuvo ánimos para caminar los metros que faltaban hasta el centro mismo del *Golden Gate Bridge*, siempre pegada a la baranda. En esos metros, advirtió

que su carga se aliviaba. No pensó, y no sintió, nada en contra de nadie, en absoluto. Tuvo la sensación plena de la libertad. Y, claro, los últimos pasos los hizo sonriendo.

Luego se trepó al barandado, y parece que sonrió mirando tan bello horizonte, y se dejó caer sin más a las aguas azules, en un ejercicio propio de las blancas gaviotas cuando se lanzan tras los peces plateados. No se recriminó nada de nada en la caída eterna. Estaba contenta consigo misma por la decisión tomada. Abrió los ojos como platos para grabar la última imagen en su retina cuando descubrió, oculta en la sombra misma del puente, una lancha rápida con los motores encendidos, llena de policías protegidos con salvavidas inflados de color verde lechuga, que le decían adiós con todas las manos.

2

“—¿A dónde vamos, señor? —preguntó el cochero.
—¡Llévenos a donde mejor le parezca! —contestó León, al tiempo que empujaba a Emma dentro del coche.

El pesado vehículo se puso en marcha.

Bajó por la calle *Grand Port*, cruzó la plaza *des Arts*, el muelle Napoleón y el Puente Nuevo y se paró en seco delante de la estatua de Corneille.

—¡Siga! —oyó que le decía una voz desde adentro.

El coche volvió a reemprender ruta, cuesta abajo desde el cruce *La Fayette*. Luego se dirigió a galope hacia la estación del ferrocarril.

—¡Continúe todo seguido! —oyó que le gritaba la misma voz.

El coche traspuso la verja y luego, una vez llegado al paseo, los caballos se pusieron al paso por entre los altos olmos. El cochero se secaba el sudor de la

frente. Se puso el sombrero de cuero entre las piernas y, saliendo por varias bocacalles, guió el coche hacia la orilla del río, bordeando la hierba.

Siguió todo a lo largo del río por un camino de sirga pavimentado con guijarros y luego anduvo un rato largo por la parte de *Oyssel*, más allá de las islas.

Luego se lanzó a trote tendido y cruzó *Quatremares*, *Sotteville*, la *Grande-Chausée* y la calle de *Elbeuf*. Luego, al llegar delante del Jardín Botánico, se paró por tercera vez.

—¿No le he dicho que siga? —gritó la voz desde dentro, esta vez más iracunda.

Así que el coche, reemprendiendo su marcha, fue pasando sucesivamente por *Saint-Sever*, por el *Quai des Curandiers* y por el de *Meules*, otra vez por el puente, por la plaza *Champ des Mars* y por detrás de los jardines del hospicio, donde tomaban el sol unos viejecitos vestidos de negro a lo largo de un terraplén lleno de yedra. Tomó por el bulevar *Bouvrenil* arriba, recorrió luego todo el bulevar *Cauchoise* y por último todo el *Mont Riboudet* hasta llegar a lo alto de *Deville*.

A partir de ahí ya dio la vuelta y se dejó ir sin una trayectoria fija, deambulando al azar de acá para allá. Pudo vérselo por *Saint-Pol*, en *Lescure*, en el monte *Gargan*, en *Rouge Mare* y en la plaza de *Gaillard-Bois*, en las calles *Maladrerie* y *Dinanderie*, en *Saint Roman*, *Saint-Vivien*, *Saint-Maclou*, *Saint-Nicaise*, en la Aduana, en la *Basse Vieille Tour*, en *Tríos Pipes* y por el cementerio Monumental.

De vez en cuando, el cochero lanzaba desde el pescante miradas ávidas a las tabernas, sin ser capaz de entender aquella furia de locomoción que les había entrado a aquellos dos, tan reacios a pararse ni un minuto. A veces hacía una tímida tentativa e inmediatamente le respondía a sus espaldas una interjección colérica. Así que volvía a arrear enérgicamente a sus dos jacos sudorosos, ya sin andarse preocupando de los baches ni de nada, bamboleándose de acá para allá, todo le daba igual, había llegado a un estado de desmoralización tal que casi se le saltaban las lágrimas de sed, de fatiga y de rabia.

Y por el puerto, entre camiones y barriles, igual que por las calles, la gente abría unos ojos como platos ante el espectáculo insólito en provincias, de aquel coche de alquiler que aparecía y reaparecía una vez y otra, siempre con las cortinillas echadas, más cerrado que un sepulcro y dando tumbos como un barco.

En un determinado momento, a mediodía y en pleno campo, con el sol hiriendo de plano los viejos faros plateados, se vio aparecer por entre las cortinas de tela amarilla una mano desnuda. Se abrió y dejó caer unos pedacitos de papel roto que se diseminaron al viento, volaron lejos y fueron a posarse, como mariposas blancas, sobre un campo de tréboles rojos en flor.

Por fin, a eso de las seis, el coche se detuvo en una callejuela del barrio *Beauvoisine*. Se apeó una mujer con

Gonzalo Lema

el velo echado por la cara y arrancó a andar sin volver la cabeza”.

Madame Bovary
Gustave Flaubert

Pepe es un hombre extraño. Muy extraño. Camina por la vida con una radio portátil, obsesionado por las noticias. Pero Pepe no es tan sólo un hombre extraño. Es un hombre doblemente extraño: las mujeres lo quieren con pasión y sin embargo lo dejan, pues pronto descubren que él está “comprometido” para matrimonio con una sobrina –hija del primo hermano Martín– por imposición de la sangre.

Marisol está enamorada del tío Pepe desde la más tierna edad. Es ella (y la familia, claro) quien decide que, tarde o temprano, ese tío, por quien todas se desviven, será su esposo.

El mar, el sol y MariSol no es tan sólo una novela sobre Pepe, sus amores y Marisol, sino que también es una novela sobre los Contreras. Gonzalo Lema nos introduce en un cuadro revelador acerca del funcionamiento interno de las familias latinoamericanas –grandes, anónimas y bulliciosas– y de los descalabradores y afortunados resultados que pueden tener sobre uno de sus más queridos y admirados integrantes.

ISBN: 978-99974-66-65-5

